

Pero en aquel momento, Luisa Leroy debía ocultar sus ansiedades y sonreír á su visitadora. Lo consiguió así y habló con animacion, casi con alegría, de su corto viaje. Mme. X..., despues de haber des- empeñado la comision oficial de la cual se habia en- cargado, no quiso que Mme. Leroy permaneciese bajo la influencia de su reconvencion, y volviendo á ser mujer de mundo, despues de haber sido mujer del agente de negocios, interrogó á Luisa sobre las diversas peripecias de su excursion á los dominios de Mr. Blanc, y reia con ella de sus aventuras,

Se llegó á hablar de Mr. de Céry, el compañero de Dorliac en Monte-Carlo, y este nombre, trayendo á la memoria de Mme. X... un recuerdo reciente, hizo que contara á Mme. Leroy cierta anécdota que debia herir profundamente la imaginacion de la jó- ven y presentarle nuevos horizontes.

XXIII

La historia que voy á referiros y que termina de una manera trájica, empezó Mme. X..., es un poco viva en su principio; así, debo deciros antes, que no la sé directamente por Mr. de Céry. Mi marido me la contó ayer por la noche, y yo os la cuento porque somos mujeres y ningun extraño puede escucharnos.

—Puedo escucharlo todo, señora, replicó Luisa, puesto que sois vos quien hablais.

No sospechaba entonces la importancia que este relato tenia para ella, y en la disposicion de ánimo en que se encontraba, seguramente hubiera deseado no escucharle. Pero habia jurado que su visitadora no habia de notar sus preocupaciones.

—Mr. de Céry, replicó Mme. X..., no ha sentido nunca, segun dicen, un amor verdadero; pero amores caprichosos, segun la expresion consagrada, le son familiares. La vista de toda mujer hermosa, produce un incendio en su corazon (incendio ligero que

se apaga en cuanto el objeto de su entusiasmo se deja admirar de cerca); pero hasta, que no se estingue el fuego, de Céry no vive, no piensa más que en el medio de conseguir sus fines, y para hallar el desenlace, no omite sacrificios. Estos caprichos repetidos, seguidos de sacrificios no ménos numerosos, son gravosos á su presupuesto, y si talla en las bancas de su círculo, si le hallásteis en Monte-Carlo, es porque trata de cubrir su déficit con el juego. Ya veis que mi historia sigue una pendiente resbaladiza; culpado de ello á mi marido que me cuenta cosas verdaderamente imposibles.

—Hasta ahora, dijo Mme. Leroy, tratando de sonreírse, no veo nada capaz de asustar. Continúa, si gustais.

—Prosigo. M. de Céry pasaba, hace próximamente tres meses, hácia las cuatro de la tarde, por la calle Vivienne, cuando vió delante de sí un talle elegante, una espalda como á él le gustan (aunque no me han dicho como son las que le gustan), cabellos rubios, flotando sobre un cuello blanquísimo y unos piés pequeñísimos, que andaban á maravilla. Como era de esperar, se entusiasmó (esto es en él una enfermedad), y no tuvo más que una idea; ver á la propietaria de aquella espalda, aquellos cabellos y aquellos piés tan pequeños. No tardó en adelantarse á ella y se volvió con disimulo (ya sabemos como se practica esto...) Entonces el entusiasmo llegó á su

colmo. Si vista por detrás, la desconocida prometia, vista de frente, afirmaba lo prometido: los ojos eran magníficos, la nariz graciosamente remangada, la boca delineada con elegancia y el rostro de un hermoso color sonrosado.

Mr. de Céry continuó marchando delante de ella. Pretende que el mejor medio de seguir á una mujer es el de precederla, y que sin volverse, conoce el momento preciso en que se detiene.

En la esquina de la calle Neuve-des-Petits-Champs, nota que la desconocida no continúa: da entonces media vuelta, y la vé dirigirse hácia la calle de Richelieu. Esta vez, como los transeúntes son numerosos, teme perderla y sigue andando por la acera opuesta á la que ella habia tomado.

Sin dejar de andar, se hizo las siguientes reflexiones: ¿á que clase de la sociedad pertenecerá esta persona tan linda? No es una mujer de la buena sociedad; sin carecer de distincion, no tiene ese sello especial, ese no se qué, que parece distinguirnos de la generalidad. No es tampoco una... ¿cómo diré yo? una *preciosilla* segun las llaman ahora... sus maneras, la sencillez de su traje, la modestia que aparecia en su rostro no autorizaban ninguna mala suposicion. Debe de pertenecer, pensó Mr. de Céry, á la clase media, debe ser la mujer de algun empleado modesto que no tiene grandes recursos y gasta más de lo que estos permiten, porque lleva guantes con muchos

botones, el sombrero no carece de elegancia, la falda no tiene mancha alguna, y las botinas salían de casa de un buen fabricante. Según mi marido, monsieur de Céry tiene un tacto infalible para analizar una mujer, descubrir sus méritos y clasificarla inmediatamente en el lugar conveniente.

—He oído alabar su talento, dijo Mme. Leroy por decir algo.

—Tampoco esta vez se había engañado, continuó Mme. X... La desconocida, que no parecía sospechar que la seguían, desapareció muy pronto tras una gran puerta cochera de la calle de Sainte-Anne. ¿Va á permanecer poco tiempo, ó bien está ya en su domicilio? Tal es la pregunta que se hizo inmediatamente nuestro amigo y que no tardó en resolver, porque con su experiencia de perseguidor de mujeres, es á propósito para hacer hablar á los porteros.

A los cinco minutos sabía ya que la dama vivía allí y que era esposa del principal cobrador de una casa importante de Banca. Supo también que su reputación era intachable, que pasaba las veladas al lado de su marido, y únicamente salía por el día y cuando ya dejaba terminados sus quehaceres domésticos. Estos detalles, lejos de desanimar á de Céry, le entusiasman, por el contrario, hasta un grado superlativo. Entrevió la posibilidad de llegar hasta aquella jóven, demasiado bonita para dejarla en la situación en que se hallaba. Supuso que debía de sufrir en

su posición y que desearía cambiarla ó al ménos mejorarla. En fin, esperó triunfar con sus medios ordinarios de seducción, los billetes de banco.

—Es un triste medio, observó Mme. Leroy.

—Soy de vuestra opinión, querida; pero yo no hago más que narrar, no me atrevo á juzgar temiéndome ser demasiado severa. ¿Puedo continuar?

—Sí, os lo suplico,

Al siguiente día de este primer encuentro, Mr. de Céry estableció su guardia ante la casa de la dama. Bien pronto la vió salir y la siguió como la vispera, observando con satisfacción que después de haber atravesado el Palais-Royal y la calle de Rivoli, se dirigía por el patio del Louvre hácia el lado opuesto del Sena. Entonces se encontró más á su gusto para abordarla en aquel gran espacio, donde los transeúntes son raros.

—¡Cómo! dijo Mme. Leroy, ¿se permitió hablar á aquella mujer á quien no conocía?

—Así se hace, según parece, hija mía; ciertos hombres son audaces para todo. En los salones nos colman de respetuosas atenciones, nos inciensan de tal modo, que muchas veces nos vemos tentadas á tomarlos por niños de coro; pero cuando nos han dejado, se desembarazan de su incensario, y el más cumplido caballero se convierte en un libertino. Para abreviar, os diré que en el patio del Louvre, se diri-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1625 MONTERREY, MEXICO

jió bruscamente y sombrero en mano hacía la desconocida.

—Dios mio, ¿y qué la dijo?

—¡Ah! ya me preguntais demasiado: mi marido en ese punto á usado de reticencias... dichosamente. Le diria, esto fácil es de adivinar, que era bonita, bella, adorable, que se habia enamorado de ella.

—¡Ya!

El amor-caprichoso está destinado á morir rápidamente, de la misma manera que tiene la facilidad de nacer y aumentarse en un abrir y cerrar de ojos.

—¿Y qué respuesta dió aquella desgraciada, á una declaracion tan... precipitada?

—Ninguna. Bajó los ojos, se sonrojó y continuó su camino.

—¿Y Mr. de Céry se atrevió á seguirla aún?

—Claró está; estaba en su papel, puesto que la mania de este hombre, respondió Mme. X... riéndose, es seguir á las mujeres, no tiene otra ocupacion, ni otro placer... Pero ahora, seguia á su lado (esta es su táctica), le hablaba al andar, y continuaba poniendo en juego todos sus medios de seduccion.

—¿Y ella le contestaba?

—No; siempre el mismo silencio, la misma reserva. Así es, que su entusiasmo no tenia límites, porque, áun cuando no busca las dificultades, tampoco le desagradan, al contrario, le irritan y le apasionan. Además veia de cerca á su ídolo; mil detalles

desapercibidos hasta entonces, le encantaban más y más. En fin, en el puente de Saints-Peres, Mr. de Céry, intimidado acaso á la vista del grave instituto, interrumpió su conversacion y su persecucion. Ya habia dicho todo lo que queria decir, creia inútil comprometerse más tiempo, y confió en el porvenir.

—¡El porvenir! dijo Mme. Leroy, no comprendo bien.

—¿Qué esperanza podia tener, cuando ni le habian contestado ni le conocian?

—¡Oh! ya se dió á conocer: le habia repetido á cada paso su nombre, dándole la direccion exacta de su domicilio, y añadiendo que estaba y estaria siempre á sus órdenes, que tendria mucho gusto en hacerle un favor, cualquiera que fuese, y que podia disponer de él en todas las circunstancias. «Se hace la muda, pero seguramente no es sorda,» se decia de Céry, alejándose de ella.

—¿Espero que se engañaria?

—De ninguna manera; le habian oido y retenido su direccion... ahora lo sabreis. Pero aquí empieza ya el drama.

XXIV

Trascurrieron muchos meses, continuó diciendo Mme. X..., sin que la esposa del cobrador diera señales de vida. Mr. de Céry, para volver á encontrarla, lo dejó al tiempo que acababa por vencer á algunos virtudes vacilantes, y esperando al afortunado momento, se entregaba á nuevos entusiasmos. Sus pasiones del invierno pasado, han sido tan frecuentes y onerosas, que como sabeis, partió para Monte-Carlo acompañado de Mr. Dorliac con la esperanza de restablecer sus fondos. Despues de perder la primera noche, pudo recuperarlo al siguiente dia, ganar algunos miles de francos, y temiendo verse obligado á dejarlos de nuevo en la administracion de los juegos, regresó precipitadamente á París el viernes por la noche. Ayer mañana, acababa de levantarse y de vestirse, cuando un criado le advirtió que una señora insistia para verle.

—¿Qué clase de señora es? preguntó de Céry.

—No os lo puedo decir muy bien, señor; está cubierta con un manto y lleva puesto un velo muy tupido.

—Calla, calla, pensó nuestro amigo, un velo por el rostro, un manto para ocultar el cuerpo, ¡que misterio! Decididamente he hecho muy bien en regresar.

Dió orden para que introdujesen á la desconocida en el salon, una habitación de las más coquetas, segun parece, tapizada con raso de China, ricas alfombras, divanes, flores sobre la chimenea, lo más voluptuosa posible, segun afirma mi marido, cuya mirada brillaba cuando la describia... ¡Oh! querida mia, ¡no puede una fiarse ni aún de los hombres más juiciosos! esto es, exceptuando el vuestro, que es un santo.

Algunos minutos despues, Mr. de Céry recibió á la señora y la reconoció inmediatamente, á pesar del velo y del manto que la cubria... Vos la habeis reconocido tambien; era la habitante de la calle de Saint-Anne... Estaba más hermosa que antes, pero un tanto pálida y temblorosa. No es posible engañarse; no estaria acostumbrada á dar tales pasos ni á visitas parecidas. Sin embargo, se dominó y dijo á Mr. de Céry con voz apenas perceptible y deteniéndose á cada palabra:

—Hace algunos meses, caballero, me afirmasteis que si venia á vuestra casa á pedir os un favor me lo concederiais... Héme aquí; necesito tres mil francos... ¿quereis dármelos?

—Estas palabras no podían sorprender al que las escuchaba; no era esta la primera vez que veía rendirse á una virtud adusta. Mr. de Céry que conoce demasiado el valor del tiempo para dirigirse á las mujeres honestas y á las mujeres de mundo, coloca sus brújulas aquí y allá, entre la clase elevada y la clase humilde, y es muy raro que no vuelva á encontrarlas. Las brújulas, después de algun naufragio, vienen generalmente, como otros muchos restos, á refugiarse en el puerto que les ha sido indicado. Pero lo que le admiraba, lo que le había impresionado seriamente, eran la fisonomía y la voz de su visitadora. Parecía que verdaderamente sufría con el paso que había dado: antes de decidirse á él debía de haber sostenido consigo misma una lucha terrible.

—Nuestro amigo, lo confieso, es lijero, demasiado lijero; tiene, respecto á las mujeres, ideas subversivas; sus costumbres... no las calificamos; pero tiene fama de poseer buenas cualidades; dicen que es generoso, que siempre está pronto á hacer un servicio sin exigir recompensa y que es pródigo de su fortuna, como de su corazón... Arroja el oro á... toda la que llega, cuando se trata de un capricho, pero lo arroja también á todo el que se dirige á él y parece digno de interés. Su primer pensamiento, por lo tanto, fué decirse que era preciso olvidarse de la belleza de su visitadora para estudiar su corazón que parecía agobiado por el sufrimiento; que era cuestión

en aquel momento, no desatisfacer una fantasía, sino de socorrer á una desgraciada. Tomó afectuosamente las manos de la jóven, y hablándola con bondad, la dirigió poco más ó menos estas frases:

—Apenas os conozco, y sin embargo me inspiráis una verdadera simpatía. ¿Qué os sucede? ¿Por qué os habeis decidido después de tantos meses á venir á pedirme un servicio? Estoy pronto á hacérosle, porque no tengo más que una palabra, y quiero también al serviros, olvidar que sois adorable y que os adoro yo; pero confiadme vuestras penas. Decidme á que uso destináis la suma deseada.

En vez de responder con franqueza á estas afectuosas preguntas, la jóven guardó silencio, como había hecho en otro tiempo en el patio del Louvre. Nada pudo decidirla á explicarse ni á confiar su secreto.

—Tengo necesidad de tres mil francos ahora mismo, repitió, no puedo deciros más.

Había recobrado los hermosos colores que en otro tiempo sedujeron á Mr. Céry, sus ojos tenían un brillo sorprendente, y á través de sus rosados labios, que entonces se dignó entreabrir, se veían unos dientes preciosos. Estaba seductora hasta lo imposible, y el entusiasmo de Mr. de Céry, adormecido un momento, despertó más vivo y más ardiente.

Y para tener su conciencia tranquila, para que no tuviera nada que reprocharle, y le dejase siempre

el paso franco, llegó á suponer que la dama no estaría tan conmovida como parecía, que el paso que habia dado no le habia costado tantos esfuerzos, y que los tres mil francos solicitados, los destinaba sin duda á la compra de una alhaja ó de un traje. Para haberse mostrado en otro tiempo tan severa, añadió aun, ha retenido bien fácilmente mi nombre y mi direccion, y si solo la necesidad la obliga hoy á obrar mal, sino ha pensado en ello hasta ahora, verdaderamente está dotada de una excelente memoria.

Las flores colocadas en los jarrones, difundian por la habitacion perfumes embriagadores; las persianas medio cerradas, la dejaban en una semi-oscuridad; la jóven continuaba sentada y resignada... ¡Bien! exclamó Mme. X..., cualquiera diria que estoy escribiendo una novela. Pero me detengo á tiempo... que es lo que generalmente no saben hacer los novelistas.

Una hora despues, la esposa del cobrador dejaba á Mr. de Céry. Éste permaneció aun algunos instantes en su casa, pensativo, un poco sombrío, sin saber por qué, puesto que al fin, su nueva conquista no le dejaba ninguna desilusion. Debia por el contrario hallarse satisfecho por haber hallado una de sus brújulas, tan hábilmente colocada, y de poder hacer constar una vez mas el buen resultado de su ingenioso sistema.

Bien pronto, sin embargo, recordó que tenia una

cita bajo el peristilo de la Bolsa con Dorliac, su compañero de viaje. Salió, atravesó los boulevares y en vez de subir hasta la calle de Vivienne para llegar á la Bolsa, tomó maquinalmente por la calle de Grammont... digo maquinalmente y me equivoco: Mr. de Céry, ha confesado que con la imaginacion aun ocupada, con el recuerdo de su bella visitadora, tuvo la idea de echar una mirada á la casa que ella habitaba.

Tomó, pues, la calle de Grammont, desembocó en la calle de Saint-Anne, y dió algunos pasos, pero muy pronto tuvo que detenerse porque la circulacion estaba interrumpida. Cien personas se hallaban reunidas en el centro de la calle, que hablaban con animacion y parecian conmovidas, aterrorizadas. No habia duda de que acababa de suceder algun grave accidente en aquel rincon de París, de que acaso se habia cometido un crimen.

Mr. de Céry penetra en un grupo, trata de informarse, pregunta. Al principio no obtuvo respuesta: se dirige á otros curiosos, ignorantes como él, y que miraban con desconfianza á las ventanas de una de las casas de la calle, nada obtiene tampoco. Esperando informarse minuciosamente, Mr. de Céry mira tambien, y cree reconocer una ventana del cuarto piso, sobre la cual están fijas todas las miradas... Si, no se engaña: es en efecto, la misma que ella habita. Hacia ya cuatro meses cuando salia de

adquirir algunas noticias por el portero é iba á alejarse, apareció ella en aquella misma ventana. Así que la reconoció, se retiró precipitadamente.

¿Qué habia sucedido? ¿Por qué aquel cuarto piso era objeto de tal atencion? Se informó aún, penetró más entre la multitud, y supo al fin que un cobrador, en el momento en que se dirigía á arrestarle el comisario de policía del barrio, se habia arrojado por una ventana, quedando cadáver en el acto.

XXV

Mr. de Céry, permaneció aterrado; este cobrador no podia ser sino el marido de la jóven que le habia visitado por la mañana. Pero no se atrevió á preguntar á los que le rodeaban: hacia un momento se consideraba partícipe en el drama que acababa de suceder; pensaba que habia desempeñado en él su papel oculto a la vista de los espectadores, pero importante bajo el punto de vista de la accion. Y mientras que su boca permanecia muda, su mirada se fijaba obstinadamente con espanto sobre las ventanas del cuarto piso. Se figuraba que iban á abrirse bruscamente dejando ver en ella á la mujer del cobrador. Le reconoceria entre la muchedumbre, le maldeciria y lanzándose á su vez en el espacio como su marido, vendria á caer muerta allí delante de él.

Sin embargo, las ventanas continuaban cerradas; no se veia dibujarse ninguna sombra detrás de las cortinas que estaban corridas. El teatro del drama